

PARA TU
GOZO

John Piper

Desiring God
Minneapolis, Minnesota

CONTENIDO

Introducción	5
¿Por qué tuvo que morir Jesús?	9
¿Cómo es posible que Dios me ame?	13
¿Qué pasa si no amo a Dios?	17
¿Cómo puedo amar a un Dios que permite tanto sufrimiento?	21
¿Por qué se trata todo de Dios?	27
¿Qué implica todo esto para mí?	31
¿Qué debo hacer?	39
Mas recursos	43

Publicado por Desiring God
2601 East Franklin Avenue
Minneapolis, MN 55406-1103
Tel: 1.888.346.4700
Web: www.desiringGod.org

PARA QUE TENGAS GOZO
Autor: John Piper
Copyright © 2005 Desiring God

© VERSIÓN EN CASTELLANO: Desiring God
1° Edición 2008

Traducido por Gloria Ruiz González

Todas las referencias bíblicas corresponden a la versión de Reina-Valera de 1960 a menos que se indique lo contrario en el texto con las siglas BA (Biblia de las Américas) o NVI (Nueva Versión Internacional).

ISBN: 9780984098101

En el original en inglés se han usado fragmentos de The Passion of Jesus Christ, de John Piper, con la autorización de Crossway Books, un ministerio editorial de Good News Publishers, Wheaton, IL 60187, www.crossway.com.

INTRODUCCIÓN

HACE dos mil años, Jesús y sus amigos tuvieron una conversación sobre lo que se rumoreaba entre la gente. “¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?” les preguntó. Ellos le contestaron enumerando algunas de las respuestas que habían oído con más frecuencia, pero entonces Jesús les hizo una pregunta más comprometida. Pasando de lo informativo a lo personal, les miró a los ojos y les preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Es fácil responder cuando nos preguntan qué piensan los demás, pero llega un momento en que tenemos que enfrentarnos a la pregunta de Jesús de manera personal. ¿Quién decimos nosotros que es?

La respuesta más común es que Jesús fue un gran maestro de moral, un maestro ejemplar y un sabio compasivo, pero para C.S. Lewis, el autor británico que escribió *Las Crónicas de Narnia*, estas definiciones tan simples son inaceptables:

Intento evitar que la gente diga
la enorme tontería que se suele decir

sobre Él: “Puedo aceptar a Jesús como gran maestro de moral, pero no acepto que fuera Dios.” Eso es precisamente lo que no podemos decir. Un hombre que fuera simplemente un hombre y que dijera las cosas que decía Jesús no sería un gran maestro de moral. O sería un lunático —como el que dice que es un huevo pasado por agua— o sería el diablo del infierno. Tenemos que elegir: o este hombre era, y es, el Hijo de Dios, o era un loco o algo peor. Podemos encerrarlo por loco, podemos escupirle y matarlo por demonio, o podemos caer rendidos a Sus pies y llamarlo Señor y Dios, pero dejémonos de tonterías condescendientes de que era un gran maestro humano. Él no nos dejó abierta esa posibilidad; no era ésa su intención.

Esta pregunta —¿quién dices tú que es?— es la pregunta más importante que puedes hacer a alguien o que te pueden hacer a ti. En este libro John Piper ofrece respuesta a algunas de las preguntas más frecuentes e importantes sobre

Jesús: quién es, por qué vino, lo que logró, y por qué debería importarnos.

Si te has hecho alguna de estas preguntas y buscas respuestas —no basadas en tus propios pensamientos y teorías, sino en la Palabra de Dios— te invitamos a que nos acompañes... para que tengas gozo.

¿POR QUÉ TUVO QUE MORIR JESÚS?

Dios puso [a Cristo] como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados.

- Romanos 3.25

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. - 1 Juan 4.10

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición.

- Gálatas 3.13

Si Dios no fuera *justo*, no habría sido *necesario* que su Hijo sufriera y muriera, y si Dios no nos *amara*, su Hijo no habría estado *dispuesto* a sufrir y a morir. Sin embargo, Dios es justo y nos ama. Por eso su amor está dispuesto a cumplir lo que demanda su justicia.

Su ley decía: “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6.5), pero todos hemos amado otras cosas más que a Él. En esto consiste el pecado: en deshonrar a Dios prefiriendo otras cosas en vez de a Él, y actuar conforme a esas preferencias. Por eso dice la Biblia: “Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3.23). Glorificamos aquello que más nos hace disfrutar, y no es Dios.

Por consiguiente, el pecado no es algo insignificante, ya que no es una ofensa contra un Soberano insignificante. La gravedad de un insulto es directamente proporcional a la dignidad de la persona insultada. El Creador del universo es infinitamente digno de respeto, de admiración y de lealtad. Por tanto, no

amarlo no es algo trivial: es una traición. El pecado difama a Dios y destruye la felicidad de los hombres.

Como Dios es justo, no puede barrer simplemente estas ofensas bajo la alfombra del universo. Siente una ira santa contra ellas. Dios ha dejado claro que merecen castigo: “La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6.23). “El alma que pecare, ésa morirá” (Ezequiel 18.4).

Sobre todo pecado pesa una maldición divina. Sería injusto que no hubiera castigo, pues de esa manera se mantendría la degradación de Dios y en el centro de la realidad reinaría una mentira. Por eso dice Dios: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gálatas 3.10; Deuteronomio 27.26).

Pero el amor de Dios no descansa, existiendo esa maldición sobre la humanidad pecadora. A Él no le complace mostrar ira, por muy santa que sea. Por eso envía a su propio Hijo para que absorba esa ira y cargue con la maldición por todos los que confían en Él. “Cristo nos

redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gálatas 3.13).

Este es el significado de la palabra “propiciación” que aparece en las citas bíblicas de la página -----. Se refiere al hecho de que la ira de Dios desaparece cuando se ofrece un sustituto. Dios mismo ofrece el sustituto. El sustituto, Jesucristo, no solo cancela la ira, sino que la absorbe y la desvía, de manera que no nos apunte a nosotros, sino a Él. La ira de Dios es justa; por eso no fue retirada, sino utilizada.

No trivialicemos con Dios ni con su amor. Sólo sentiremos el sobrecogimiento de ser amados por Dios cuando reconozcamos la gravedad de nuestro pecado y la justicia de su ira contra nosotros. Sin embargo, al comprender, por medio de la gracia, que somos indignos, podemos ver el sufrimiento y la muerte de Cristo y decir: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación [para absorber la ira] por nuestros pecados” (1 Juan 4.10).

¿CÓMO ES POSIBLE QUE DIOS ME AME?

En [Él] tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia. - Efesios 1.7

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. - Juan 3.16

Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. - Romanos 5.7-8 (NVI)

LA medida del amor que Dios siente por nosotros se refleja en dos cosas: una es el grado de su sacrificio al salvarnos del castigo por nuestro pecado; la otra es el grado de nuestra indignidad cuando nos salvó.

Podemos comprobar la medida de su sacrificio en las palabras: “ha dado a su Hijo unigénito”. La palabra “Cristo” también refleja la medida del amor de Dios. Es un nombre basado en el griego *Cristos*, que significa “Ungido”, o “Mesías”, un término de gran dignidad. El Mesías sería el rey de Israel, quien conquistaría a los romanos y le traería paz y seguridad a Israel. Resumiendo, pues, la persona que Dios envió para salvar a los pecadores era su propio Hijo divino, su único Hijo, y rey ungido de Israel —de hecho, el rey del mundo (Isaías 9.6-7).

Cuando a esto le añadimos la muerte tan horrible que sufrió Jesús en la cruz, resulta evidente que el sacrificio que hicieron el Padre y el Hijo fue tan grande que no se puede describir; podríamos decir que fue infinito si tenemos en cuenta la distancia entre lo divino y lo humano.

Aun así, Dios eligió hacer este sacrificio para salvarnos.

La medida de su amor aumenta aún más cuando nos fijamos en lo indignos que somos nosotros. “Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5.7-8, NVI). Merecíamos el castigo divino, no el sacrificio divino.

He oído decir: “Dios murió por las personas, no por las ranas. Fue una respuesta al valor que tenemos como seres humanos.” Esto tergiversa el concepto de la gracia. Nosotros somos peores que las ranas. Ellas no han pecado, no se han rebelado contra Dios ni lo han tratado con desprecio, como si no tuviera ninguna importancia en su vida. No hacía falta que Dios muriera por las ranas. Ellas no tienen la maldad que tenemos nosotros. Nuestra deuda es tan grande que sólo se puede saldar con el sacrificio divino. Sólo existe una explicación para el sacrificio que hizo Dios por nosotros, y no está en nosotros,

sino en “las riquezas de su gracia”. Es absolutamente gratuito. No es una respuesta a nuestro valor, sino a la abundancia del infinito valor de Dios. De hecho, al fin y al cabo, en eso consiste el amor divino: la pasión de Dios por cautivar a los indignos pecadores, a un gran precio, con aquello que nos hará supremamente felices para siempre: su infinita belleza.

¿QUÉ PASA SI NO AMO A DIOS?

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

- **Juan 3.36**

E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna. - Mateo 25.46

Sufrirán pena de la eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder. - 2 Tesalonicenses 1.9

EN nuestros momentos más felices no deseamos morir. El deseo de morir sólo aparece cuando el sufrimiento nos resulta insoportable. Lo que de verdad queremos en esos momentos no es la muerte, sino el alivio. Nos encantaría que volvieran los tiempos felices, que desapareciera el dolor, que nuestros seres queridos volvieran de la tumba. Lo que deseamos es tener vida y felicidad.

Nos engañamos a nosotros mismos cuando pensamos que la muerte es el clímax de una vida bien vivida. En realidad, la muerte es un enemigo que nos separa de todos los maravillosos placeres de este mundo; sólo le damos nombres dulces porque es el menor de los males. El verdugo que da el golpe de gracia a nuestro sufrimiento no cumple nuestros anhelos, sino que pone fin a nuestra esperanza. El deseo del corazón del hombre es vivir y ser feliz.

Dios nos ha hecho así. “Ha puesto la eternidad en sus corazones” (Eclesiastés 3.11, BA). Hemos sido creados a la imagen de Dios, y Dios ama la vida y vive para siempre. Fuimos hechos para vivir para siempre, y así será algún día.

Lo contrario de la vida eterna no es la aniquilación, sino el infierno. Jesús habló del infierno más que ninguna otra persona y dejó claro que la consecuencia de rechazar la vida eterna que él ofrecía no sería la destrucción, sino el suplicio de la ira de Dios: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3.36).

Y esa ira permanece para siempre. Jesús dijo: “E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mateo 25.46). Es una terrible realidad que pone de manifiesto la infinita vileza de tratar a Dios con indiferencia o desprecio. Así que Jesús nos advierte: “Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9.47-48).

Por tanto, la vida eterna no es simplemente la extensión de esta vida, con su mezcla de dolor y placer. Así como el infierno es el peor resultado de esta vida, la “vida eterna” es el mejor. Es una felicidad suprema que se hace cada

vez más intensa, creciendo para siempre, donde todo pecado y toda tristeza desaparecerán. Todo lo malo y lo dañino de esta creación caída será eliminado. Todo lo bueno, lo que trae una felicidad real y duradera, se conservará, purificado e intensificado.

Nosotros seremos cambiados de manera que podamos alcanzar dimensiones de felicidad que nos resultan inconcebibles en esta vida. “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2.9). Esto es verdad en cada momento de la vida, ahora y siempre: para los que confían en Cristo, lo mejor está aún por llegar. Veremos la gloria de Dios, que todo lo satisface. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17.3). Por esto sufrió y murió Cristo. ¿Cómo no vamos a recibirlo con los brazos abiertos, como a nuestro mayor tesoro, y así vivir?

¿CÓMO PUEDO AMAR A UN DIOS QUE PERMITE TANTO SUFRIMIENTO?

Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien. - Génesis 50.20

Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús (...) Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera. - Hechos 4.27-28

Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios. - Deuteronomio 29.29

Lo más profundo que podemos decir sobre el sufrimiento y el mal es que, en la persona de Jesucristo, Dios entró en él y lo convirtió en bien. El origen del mal está envuelto en el misterio. “Libre albedrío” es sólo uno de los nombres que damos a ese misterio, pero no explica por qué una criatura perfecta eligió pecar. Otro nombre que damos a ese misterio es “la soberanía de Dios”. Aunque es cierta y bíblica, deja también muchas preguntas sin contestar. La Biblia no nos lleva todo lo lejos que nosotros quisiéramos ir, sino que dice: “Las cosas secretas pertenecen a (...) Dios” (Deuteronomio 29.29).

Ni la idea principal de la Biblia ni la esencia del cristianismo son una explicación de la procedencia del mal, sino una demostración de cómo Dios entra en él y lo convierte en todo lo contrario: rectitud y gozo eternos. Las Escrituras estaban llenas de indicios de que eso sería lo que pasaría con el Mesías. José, el hijo de Jacob, fue vendido como esclavo en Egipto. Durante 17 años parecía que había sido abandonado, pero Dios estaba con él y le hizo gobernante de Egipto para que, durante una gran hambruna, pudiera

salvar a los mismos que le vendieron. La historia se resume en lo que José dice a sus hermanos: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Génesis 50.20). Lo que le pasó a José era un anuncio de lo que le pasaría a Jesucristo: fue abandonado para ofrecer salvación.

También podemos pensar en la ascendencia de Cristo. Hubo un tiempo en que Dios era el único rey de Israel, pero el pueblo se rebeló y pidió un rey humano. “No, sino que habrá rey sobre nosotros” (1 Samuel 8.19). Más tarde confesaron: “a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros” (1 Samuel 12.19). Sin embargo, Dios estaba allí. Del linaje de esos reyes trajo a Cristo al mundo. El Salvador sin pecado tuvo su origen en el pecado porque venía a salvar a los pecadores.

Pero lo más asombroso es que el mal y el sufrimiento conformaban el camino designado para la victoria de Jesús sobre el mal y el sufrimiento. Cada uno de los actos de traición y brutalidad contra Jesús era pecaminoso y malvado, pero Dios estaba allí. La Biblia dice: “[Jesús

fue] entregado [a la muerte] por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2.23). Le azotaron en la espalda, le pusieron una corona de espinas en la cabeza y clavos en las manos, le escupieron en la cara, traspasaron su costado con una lanza, los gobernantes le despreciaron, un amigo le traicionó y los discípulos le abandonaron: todo esto fue consecuencia del pecado, y todo había sido designado por Dios para destruir el poder del pecado. “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús (...) Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera.” (Hechos 4.27-28).

No hay pecado mayor que odiar al Hijo de Dios y matarlo. No hay sufrimiento mayor ni inocencia mayor que el sufrimiento y la inocencia de Cristo. Sin embargo, Dios nunca dejó de estar allí. “Jehová quiso quebrantarlo” (Isaías 53.10). Su objetivo, a través del mal y el sufrimiento, era destruir el mal y el sufrimiento. “Por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53.5). Entonces, ¿no es

evidente que el sufrimiento de Jesucristo fue diseñado por Dios con el propósito de mostrar al mundo que ningún pecado ni ningún mal es tan grande que Dios no pueda sacar de él rectitud y gozo eternos? El sufrimiento que nosotros mismos causamos se convirtió en la esperanza de nuestra salvación. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23.34).

¿POR QUÉ SE TRATA TODO DE DIOS?

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. - 1 Pedro 3.18

*Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.
- Efesios 2.13*

Entraré al altar de Dios, al Dios de mi alegría y de mi gozo. - Salmo 43.4

Al fin y al cabo, Dios es el evangelio. La palabra evangelio significa “buenas noticias.” El cristianismo no es principalmente teología, sino noticias. Es como los prisioneros de guerra que oyen por una radio escondida que los aliados han desembarcado y que el rescate es sólo cuestión de tiempo. Los guardas se preguntan a qué se debe tanto alborozo.

Pero ¿cuál es el bien último que encontramos en las buenas noticias? Todo termina en una cosa: Dios mismo. Todas las palabras del evangelio apuntan a Él; si no, no son evangelio. Por ejemplo, la “salvación” no es una buena noticia si sólo salva del infierno, pero no salva para Dios. El “perdón” no es una buena noticia si sólo nos alivia de la culpa, pero no nos abre el camino hacia Dios. La “justificación” no es una buena noticia si sólo nos hace aceptables a Dios legalmente, pero no produce comunión con Dios; la “redención” no es una buena noticia si sólo nos libera de la esclavitud, pero no nos acerca a Dios. La “adopción” no es una buena noticia si sólo nos pone en la familia de Dios, pero no en sus brazos.

Este punto es crucial. Muchas personas parecen aceptar las buenas noticias sin aceptar a Dios. No existen pruebas de que tengamos un corazón nuevo porque queremos escapar del infierno. Ese es un deseo totalmente natural, no sobrenatural. No hace falta tener un corazón nuevo para querer el alivio psicológico que suponen el ser perdonado, o el librarse de la ira de Dios, o el heredar el mundo de Dios. Todas estas cosas se pueden desear sin ningún tipo de cambio espiritual. No hace falta nacer de nuevo para querer estas cosas. Los demonios también las quieren.

No está mal desearlas. De hecho, sería una locura no hacerlo. Sin embargo, la prueba de que ha habido un cambio en nosotros es que deseamos estas cosas porque así podemos disfrutar de Dios. Esta es la mayor razón por la que murió Cristo: “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3.18).

¿Por qué es esta la esencia de las buenas noticias? Porque fuimos hechos para experimentar la felicidad plena y

duradera que alcanzamos cuando vemos y saboreamos la gloria de Dios. Si nuestro mayor gozo proviene de cualquier otra cosa, somos idólatras y deshonramos a Dios. Él nos creó de manera que su gloria se muestre a través de nuestro gozo en ella. El evangelio de Cristo es la buena noticia de que Dios, pagando con la vida de su propio Hijo, ha hecho todo lo necesario para cautivarnos con aquello que nos dará una felicidad eterna y cada vez mayor: él mismo.

Mucho antes de la venida de Cristo, Dios se reveló a sí mismo como fuente de gozo pleno y verdadero. “Me has dado a conocer la senda de la vida; me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha” (Salmo 16.11, NVI). Luego envió a Cristo a sufrir “para llevarnos a Dios.” Es decir, que envió a Cristo para ofrecernos el gozo más profundo y duradero que puede experimentar un ser humano. Escucha, pues, la invitación: Huye de “los deleites temporales del pecado” (Hebreos 11.25) y ven a la “dicha eterna.” Ven a Cristo.

¿QUÉ IMPLICA TODO ESTO PARA MÍ?

Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna. - 1 Juan 5.13

El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. - Juan 5.24

Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados. - Hechos 3.19

Conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. - Judas 1.21

Dios nos creó para su gloria.

Trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra (...); para gloria mía los he creado. - Isaías 43.6-7

Dios nos creó para magnificar su grandeza, al igual que un telescopio magnifica las estrellas. Nos creó para poner de manifiesto su bondad y verdad, su hermosura, sabiduría y justicia. La gloria de Dios se manifiesta en grado máximo cuando nos deleitamos profundamente en todo lo que Él es. Así, Dios recibe la alabanza y nosotros el placer. Dios nos creó de tal forma que cuanto más nos satisfacemos en Él, más se glorifica Él en nosotros.

Todo ser humano debería vivir para la gloria de Dios.

Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.

- 1 Corintios 10.31

Si Dios nos creó para su gloria, está claro que deberíamos vivir para glorificarlo. Éste es nuestro deber porque fuimos diseñados precisamente con ese propósito, así que nuestra primera obligación es mostrar el valor de Dios sintiéndonos satisfechos con todo lo que Él es para nosotros. En esta satisfacción se encuentra la esencia del amor a Dios (Mateo 22.37) y de la confianza (1 Juan 5.3-4) y el agradecimiento a Él (Salmo 100.2-4). Ésa es la raíz de toda verdadera obediencia, especialmente del amor hacia los demás (Colosenses 1.4-5).

Ninguno de nosotros ha glorificado a Dios como debería.

Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. - **Romanos 3.23**

¿Qué significa “estar destituido de la gloria de Dios”? Significa que ninguno de nosotros ha confiado en Dios ni lo ha valorado como debería. No nos hemos satisfechos con su grandeza ni hemos andado en sus caminos. Hemos buscado nuestra satisfacción en otras cosas a las cuales hemos dado más valor que a Dios, y ésta es la esencia de la idolatría (Romanos 1.21-23). Desde que entró el pecado en el mundo todos nos hemos resistido a dejar que Dios sea el tesoro que nos proporcione una satisfacción plena (Efesios 2.3), lo cual constituye una terrible ofensa contra la grandeza de Dios (Jeremías 2.12-13).

Todos nosotros estamos sujetos a la justa condenación de Dios.

La paga del pecado es muerte...
- **Romanos 6.23**

Todos hemos menospreciado la gloria de Dios. ¿De qué manera? Prefiriendo otras cosas en vez de a él. Siendo ingratos, desconfiados y desobedientes. Por lo tanto, Dios nos trata con justicia cuando nos niega el placer de su gloria por la eternidad. “Sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Tesalonicenses 1.9).

La palabra “infierno” aparece en el Nuevo Testamento en doce ocasiones, y en once de ellas es Jesús mismo quien la usa. No se trata, pues, de un mito creado por predicadores taciturnos y llenos de ira. Es una advertencia solemne de parte del Hijo de Dios, quien murió para librar a los pecadores de la maldición. Corremos un gran peligro al ignorarlo.

Si la Biblia acabara aquí su análisis de la condición humana, estaríamos

condenados a un futuro sin esperanza.
Sin embargo, hay más...

Dios envió a su único hijo, Jesús, para que podamos tener vida y gozo eternos.

Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores... - **1 Timoteo 1.15**

Las buenas nuevas son que Cristo murió por pecadores como nosotros, y resucitó físicamente para hacer valer el poder salvador de su muerte y abrir las puertas de la vida y el gozo eternos (1 Corintios 15.20). Es decir, Dios puede perdonar a los pecadores sin dejar de ser justo (Romanos 3.25-26). “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3.18). De la reconciliación con Dios es de donde surge toda satisfacción profunda y duradera.

Los beneficios comprados con la muerte de Cristo les pertenecen a los que se arrepienten y confían en Él.

Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo. - **Hechos 16.31**

“Arrepentirse” significa rechazar todas las engañosas promesas del pecado. “Fe” significa estar satisfecho con todo lo que Dios promete ser para nosotros en Jesús. “El que en mí cree,” dice Jesús, “no tendrá sed jamás” (Juan 6.35). No nos ganamos la salvación; no podemos merecerla (Romanos 4.4-5). La recibimos por gracia, por medio de la fe (Efesios 2.8-9); es un don gratuito (Romanos 3.24). La tendremos si la valoramos sobre todas las cosas (Mateo 13.44). Cuando así lo hacemos, se cumple el propósito de Dios para la Creación: Él se glorifica en nosotros y nosotros estamos satisfechos en él —para siempre.

¿QUÉ DEBO HACER?

Vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?

- Marcos 10.17

Temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas (...) y les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.

- Hechos 16.29-31

- Deja de confiar en las engañosas promesas del pecado.
- Clama a Jesús para que te salve de la culpa, el castigo y la esclavitud. “Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo” (Romanos 10.13).
- Empieza a poner tu esperanza en todo lo que Dios es para ti en Jesús.
- Rompe el poder de las promesas del pecado por tu fe en la satisfacción superior de las promesas de Dios.
- Empieza a leer la Biblia para encontrar sus preciosas y grandes promesas, que pueden hacerte libre (2 Pedro 1.3-4).
- Encuentra una iglesia cimentada en las verdades bíblicas y empieza a adorar a Dios y a crecer junto a otras personas que valoren a Cristo por encima de todas las cosas (Filipenses 3.7).

¿Sabías que Dios te ordena que seas feliz?

Servid a Jehová con alegría.

- **Salmo 100.2**

Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón.

- **Salmo 37.4**

La mejor noticia del mundo es que no hay ningún conflicto entre la mayor felicidad que puedas tener y la perfecta santidad de Dios. Cuando te sientes satisfecho con todo lo que Dios es para ti en Jesús, lo magnificas a Él como tu mayor tesoro y esto te produce más gozo —gozo eterno, infinito— del que podría producirte ningún otro deleite.

LECTURAS RECOMENDADAS DE JOHN PIPER

La Pasión de Jesucristo

Alegría Indestructible

No Desperdicie Su Vida

Sed de Dios

Batallando Con La Inredulidad

Prueba y Observa

Dios es el Evangelio

Lo que Jesús Exige del Mundo

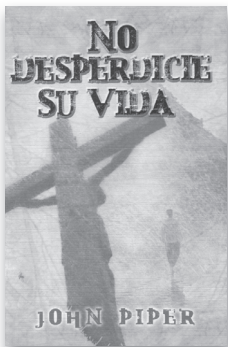
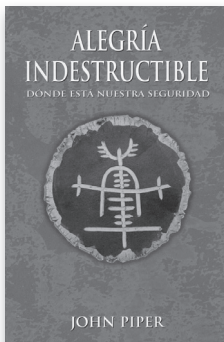
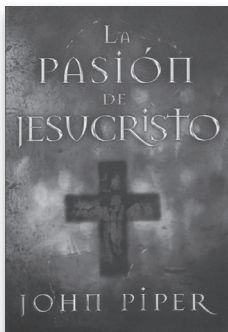
Se puede encontrar una lista completa de títulos en www.desiringGod.org.

Crossway Books, ministerio de Good News Publishers, nos ha permitido usar extractos de *The Passion of Jesus Christ*, de John Piper, en la versión original de este libro. Para mayor información sobre Crossway Books visite su sitio web en www.crossway.com.

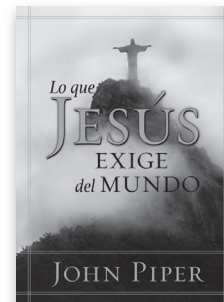
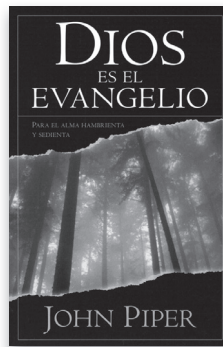
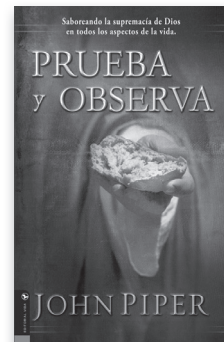
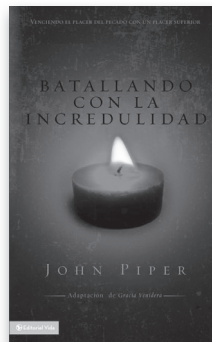
*Me has dado a conocer la senda de la vida;
me llenarás de alegría en tu presencia, y de
dicha eterna a tu derecha.*

Salmo 16.11 (NVI)

RECOMENDACIONES



RECOMENDACIONES



EL MINISTERIO DESIRING GOD

El ministerio Desiring God existe para extender una pasión por la supremacía de Dios en todas las cosas para el gozo de todos los pueblos a través de Jesucristo. Nosotros existimos para que usted tenga gozo, porque cuanto más nos satisfacemos nosotros en Dios, más se glorifica Él en nosotros. En nuestro sitio web podrá encontrar cientos de materiales centrados en Dios del Pastor John Piper, gratuitos o a precios reducidos. Estos materiales incluyen libros, CDs, DVDs, sermones, artículos y recursos para la escuela dominical infantil, entre otros.

Desiring God

Post Office Box 2901

Minneapolis, MN 55402

gratuito 1.888.346.4700

www.desiringgod.org

MATERIALES Y RECURSOS

Desiring God no existe para ganar dinero sino para extender el evangelio. Por eso ofrecemos nuestros materiales virtuales de manera gratuita, y los demás recursos al menor precio posible. Aunque mantenemos nuestros precios bajos, somos conscientes de que hay personas que no pueden pagarnos. Para estas amigos, tenemos la política de Pague-lo-que-usted-pueda. Aceptaremos lo que las personas puedan pagar, incluso si no puede pagar nada. Nos complace dar de gracia lo que de gracia hemos recibido (Mateo 10.8), y de ninguna manera queremos que el precio sea “obstáculo al evangelio de Cristo” (1 Corintios 9.12). Así que, si le gustaría tener una copia de un libro o de algún material de audio que ofrecamos, pero no lo puede pagar, no se preocupe. Póngase en contacto con nosotros, comuníquenos lo que desea, y se lo enviaremos con gusto.

SOBRE EL AUTOR

John Piper es el pastor encargado de la predicación en la Iglesia Bautista de Bethel de Minneapolis, Minnesota. Creció en Greenville, Carolina del Sur, y estudió en Wheaton College, donde sintió por primera vez el llamado de Dios para el ministerio. Continuó sus estudios en el Seminario Teológico Fuller (Licenciatura en Divinidades) y la Universidad de Munich (Doctorado en Teología). Durante seis años dio clases de Estudios Bíblicos en Bethel College en St. Paul, Minnesota, y en 1980 aceptó el llamado a servir como pastor en Bethel. Es autor de numerosos libros y sus predicaciones se emiten en el programa diario de radio *Desiring God*. El y su esposa Noel tienen cuatro hijos y una hija, y cada vez más nietos.